

Benedicto XVI, servidor y pastor fiel

Por Alfonso Martínez Sanz

Hace cinco años, el 29 de abril de 2005, publiqué, en el periódico NUEVA ALCARRIA, un artículo en apoyo del Benedicto XVI, cuestionado con ocasión de su elección como Papa. En la primera parte, redacté una parábola, y la interpretación de la parábola fue la segunda. La campaña brutal que, en la actualidad, se ha lanzado contra el Santo Padre, me ha movido a retocar dicho artículo, actualizándolo, y compartirlo con los lectores por el bien que puede hacer. Y sin más, he ahí la parábola:

En una nación que no existe, había un Maestro sabio que “saboreaba” la verdad y el bien. Y, para más datos, era coherente con la verdad y el bien que degustaba. Además, se mostraba sencillo y cordial, siendo muy valorado y admirado por las personas que lo conocían.

Un buen día, el jefe de la nación pensó en él, para que custodiara los valores, las tradiciones y la identidad de ese pueblo, sin que esto supusiera estar cerrado a auténticos nuevos valores que no fueran en contra del ser de esa nación. Como era hombre de bien, interpretó que lo que le pedía el jefe era un servicio al pueblo y, por ello, aunque previó problemas y dificultades, aceptó gustoso, ejerciendo el cargo con entrega y fidelidad. Es cierto que, por ser fiel, tuvo que tomar decisiones importantes -alguna de ellas, dolorosas-, pero siempre desde el amor a la verdad y al bien, también de las personas afectadas, que no siempre lo entendieron.

Pero otro día, el jefe de la nación falleció. Causó una gran conmoción, porque el pueblo le quería mucho. A las pocas jornadas de haberlo enterrado, “el Consejo de sabios”, en cuyas manos se había quedado la nación, se reunió para elegir un sucesor. Los miembros del Consejo rezaron, dialogaron e, implorando la ayuda de la divinidad, eligieron por mayoría absoluta a quien, durante bastantes años, había guardado y defendido con caridad y fortaleza los valores, las tradiciones y la identidad de la nación. Es muy probable que el motivo principal, que movió a los “sabios del Consejo” a elegirle, fuera ser sabio y haber cumplido bien, por amor al pueblo y a la verdad, la misión que el jefe le había confiado. Las gentes sencillas, que eran la gran mayoría, se alegraron y, emocionadas, dieron gracias a la divinidad, porque consideraban que les había concedido el jefe que necesitaban.

No ocurrió lo mismo con los voceros o vociferantes, que los había de todas las clases. Éstos eran personas que hablaban mucho y, muchas veces, sin pararse a reflexionar o contrastar los datos. Eran individuos que, inclinada la cabeza, al poder económico, político o ideológico, vendían opiniones por verdades, intentando hacer tragar al pueblo que dos y dos son tres y medio, porque ellos lo decían, o porque lo mandaban sus jefes.

Eran tan poco cuerdos que querían poner el traje de un enano a un gigante y, como era lógico, cuando al gigante se le intentaba poner el traje del enano, el traje se rompía, porque el gigante no cabía. Eran tan listos, tan listos que, al sabio de nuestra historia, sólo el más listo de ellos le llegaba a la altura de la cintura intelectual. Por supuesto, en cuanto a talla moral, la distancia era inconmensurable.

Pues bien, esos voceros o vociferantes de la nación -que no la gran mayoría del pueblo, como queda dicho- empezaron a vender opiniones por verdades respecto al jefe elegido. Por todos los medios le atacaron, repitiendo a coro que era “el guardián de la fe”, “el defensor de la verdad” y no sé cuántas lindezas más. Lindezas parecidas, también a coro, repitieron contra el jefe del pueblo, al cabo de cinco años, a pesar de que, durante esos años, había servido a sus súbditos con una fidelidad de alta calidad. Porque había tenido unos colaboradores infieles, las furias de los voceros volvieron a cebarse injustamente contra él.

El pueblo, sin embargo, más sabio que los voceros o vociferantes, en los dos momentos pensó que, cuando en la vista hay barro, todo se ve turbio, aunque la belleza esplendorosa de lo visto reluzca como el sol. Entonces, el fallo no está en el objeto bello que se ve, sino en el ojo enfermo que mira. Quien no tiene enfermo el ojo percibe con claridad que defender la verdad es un valor, porque, con palabras de Jesús de Nazaret, que también habían llegado hasta aquellas tierras, “la verdad os hará libres”, y esto es servir al pueblo. Así pensaban las gentes. También pensaban que guardar y defender la identidad del pueblo, sus tradiciones y sus valores es construir pueblo y, por lo tanto, servirle, aunque los voceros o vociferantes no quisieran entenderlo. Las cosas son como son, y no dejan de serlo, porque algunos “intelectuales” tengan capacidad reducida para comprender. Una calumnia no se convierte en verdad por mucho que se aprieten los puños o se repita en el mundo mediático ¿Cómo es posible -se preguntaban las gentes sencillas, al principio y al final de los cinco años- que nuestros voceros “intelectuales” quieran ser grandes maestros en todo? ¿No se dan cuenta -seguían preguntándose- que “dogmatizan”, “pontifican”, de lo humano y de lo divino, muchísimo más que el nuevo jefe y que, además, lo hacen sin ser especialistas en las diversas materias, sin la categoría intelectual y moral que posee nuestro jefe, e interpretando malévolamente fallos humanos de algunos pocos de sus colaboradores?

*A pesar de sus voceríos y vociferaciones, el pueblo sencillo -bastante más sabio que los que gritaban en contra- quiso, en su gran mayoría, al elegido por el “Consejo de sabios” de la nación, lo siguió queriendo y lo sigue queriendo, a pesar de las tormentas artificiales orquestadas perfectamente. Es verdad que los gritos vociferantes influyeron y siguen influyendo negativamente en algunos, pero el pueblo, es decir, el **p-u-e-b-l-o** quiere a su jefe, porque está convencido de que el que le había servido hasta el momento de su elección, y lo ha servido durante cinco años, lo seguirá sirviendo hasta el final de sus días. El sol no desaparece ni deja de brillar, porque haya ciegos que **no quieran ver**.*

*Confieso que esta historia, o historieta, si lo prefieres, la veo hecha realidad en nuestros días. Seguro que a ti te pasa algo parecido. En mi opinión, la *nación que no existe* es el mundo y la Iglesia, especialmente, en el mes de abril de 2005 y en estos primeros meses de 2010. El **Maestro sabio**, a quien llama el jefe de la nación (**Juan Pablo II**), hay que identificarlo con el **cardenal Ratzinger**, hombre*

sencillo y afable. **Los valores, tradiciones e identidad** de la nación que tiene que custodiar el Maestro sabio, en su nuevo cargo, es **la fe y la moral** de la Iglesia que, si se desvirtuaran, dejaría de ser la Iglesia fundada por Jesús de Nazaret. Sigo opinando que el *Consejo de sabios* no es otro que el **Colegio cardenalicio**, y que el *nuevo jefe* de la nación, una vez fallecido el anterior, coincide con el **nuevo Papa Benedicto XVI**, antes cardenal Ratzinger. **Los voceros y vociferantes** no te los digo, porque seguro que te imaginas quiénes son. El *traje del enano y del gigante* está haciendo referencia a la actitud de tantos y tantos que quieren aplicar a la Iglesia las categorías empleadas para interpretar la política, el gobierno, la economía o los partidos. Y **la Iglesia**, por ser una institución divina, y no sólo humana, **no cabe en ellas**. De ahí que, cuando se aplican a la Iglesia, muchas veces se saquen conclusiones **falsas y calumniosas**, que no están contenidas en las premisas. La nueva campaña de estos primeros meses de 2010 está motivada por los pecados gravísimos cometidos por unos pocos sacerdotes, de los que, en frase de Benedicto XVI, tendrán que *responder ante Dios Todopoderoso y ante los tribunales debidamente constituidos*. Es una calumnia implicar al Papa en ello, y también lo es implicar a los sacerdotes en general, que entregados a Dios y a sus hermanos están gastando su vida por amor y con generosidad, a cualquier hora, y sin días de descanso

Resumo mi pensamiento: que nadie lo dude que, como el Maestro sabio de la historia o historieta, **Benedicto XVI ha servido, esta sirviendo y servirá fielmente al pueblo**, o sea, a la Iglesia y al mundo. Con toda seguridad, será un **referente moral importantísimo** del joven siglo XXI, a pesar de los voceros y de las vociferaciones, y aunque les pese a algunos.

Por si alguno no lo recuerda, el 16 de este abril, el Papa cumple 83 años, y el día 19 es el quinto aniversario de su elección como Papa. Por los dos acontecimientos, invito a felicitar a Benedicto XVI, rezando por él y renovando nuestro compromiso personal de estar a su lado, sirviendo al Señor en su viña.